

SIGNIFICADO LOGICO Y SIGNIFICADO
PSICOLOGICO DE ETIMOLOGIAS
Y DEFINICIONES

LUIS JORDÁ LAPUYADE

De entre todos los sectores de la ciencia psicológica, ninguno como el que se refiere a la esfera de la inteligencia o del pensamiento presenta mayor indigencia científica.

Para empezar, “no hay definiciones operacional ni conceptualmente satisfactorias sobre términos como aprendizaje, pensamiento, inteligencia”.¹ “En el plano de las experiencias propiamente dichas, la coherencia no es mejor; ella no es sensiblemente superior al estado que presenta el vocabulario corriente, en el que términos tales como razonar, juzgar, comprender, explicar, inventar, inducir, deducir, evaluar, abstraer, resolver un problema... remiten a actos reales, pero cuya relación mutua no ha sido delimitada y para los cuales es difícil admitir que todas las palabras distintas corresponden a realidades diferentes.”²

Los problemas se han abordado en un plano experimental desde muy diversos ángulos. Desde el extremadamente empírico del análisis factorial, intentando acorralar un “factor G” posiblemente demasiado “general” y ambiguo, hasta las concepciones intelectualistas de un PIAGET, rastreando las “estructuras lógicas” y su desarrollo.

Para el más superficial de los observadores debería resultar chocante el hecho de que reine esta oscuridad sobre el tema, y más todavía el que la situación sea contemplada por unos y por otros, por psicólogos y por no psicólogos, con cierto desinterés, cuando la inquietud sobre el tema debería ser muy intensa.

Piénsese que estamos hablando de la “máquina de conocer” del hombre, del instrumento que nos da el “conocimiento”, sea éste lo que fuere. Durante siglos —y especialmente en los últimos— los filósofos han debatido estos problemas del conocimiento, hasta convertirlo en el tema central de la filosofía. Por definición, debería ser la Psicología la encargada de resolver ahora la cuestión “científicamente”. La misma Lógica y la Lingüística, por este orden, han devenido por la misma razón temas centrales de especulación filosófica. Pero nadie parece querer interrogar a la Psicología, que debería dar también razón del cómo y de por qué el hombre habla, y qué cosa es la lógica humana. Ello puede ser una prueba más del atraso actual de la ciencia psicológica.

Aun que quizás, en tal desinterés, influye también el convencimiento con

1. GRÉCO, Pierre, “Apprentissage et structures intellectuelles”, en *Traité de Psychologie Experimentale*, tomo VII - *L'Intelligence*, pág. 168, 12.^a ed., P.U.F., París, 1969.

2. Pierre OLÉRON, “Les activités intellectuelles”, en *Traité...*, pág. 2.

que todo el mundo usa de estos conceptos (lógica, pensar, abstraer, intuir...), cual si supiera perfectamente de qué está hablando.

Porque, repetimos, la Psicología, que debería dar su significado científico, no ha sido capaz de hacerlo todavía. Los propios psicólogos lo usan a menudo en un sentido coloquial, o bien tomado de la Lógica —de una escuela lógica— sin delimitar su contenido psicológico.

Entonces, emplearlos, sin más, en una explicación o en una interpretación psicológica, desemboca en un círculo vicioso. En definitiva, es abordar los problemas psicológicos, el planteamiento y la interpretación de los hechos y los experimentos psicológicos con mentalidad de lógicos, lo cual es impropio y peligroso, porque antes deben justificarse psicológicamente precisamente las formalizaciones lógicas, es decir, ante todo, demostrar su “naturalidad”. Es decir, existe el peligro de dejarse llevar en el terreno psicológico por concepciones lógicas, las que precisamente, en último término, debería legitimar la propia psicología.

PIAGET se ha erigido por derecho propio en uno de los más originales y destacados investigadores de la inteligencia. El sí que ha hecho notar el interés epistemológico de la investigación psicológica, logrando interesar a su alrededor a un grupo de investigadores de diversas disciplinas sobre el tema. PIAGET marca el camino que parece deberían seguir todos cuantos se interesan por las cuestiones del conocimiento. Y, sin embargo, a su metodología podrían serle planteadas seriamente aquellas dudas en relación con el peligro de abordar el terreno de la ciencia psicológica con mentalidad o concepciones provenientes del campo lógico. De practicar investigaciones sobre el proceso de elaboración partiendo de modelos muy elaborados (la formación de “naciones”, de “estructuras”). El propio OLÉRON ha debido preguntarle, por ejemplo, a PIAGET, en un reciente simposio sobre psicolingüística: “Me pregunto, por consiguiente, si la afirmación de la conservación por el niño no es muy directamente función de la forma en que se formula la pregunta (...) Dicho de otra manera, la respuesta (y la afirmación de la conservación que de ella deducimos, pues la conservación es la *interpretación* de ciertas respuestas) depende de la forma en que el experimentador formula la pregunta. Y la índole de esta pregunta —verbal o no— interviene en la índole de la respuesta”.³

Nos proponemos abordar, comenzando por una cuestión inicial y hasta cierto punto periférica, la mentalidad con que deben ser enfocados estos problemas, y las consecuencias de no realizarlo así, tanto en la metodología como en las concepciones finales que pueden alumbrarse como consecuencia de un enfoque erróneo.

La investigación del significado —sobre la formación de los significados y sobre el significado del significado— es cuestión central en toda investigación del conocimiento humano.

Lenguaje y pensamiento —he aquí un tema sobre el que hay acuerdo

3. *Introducción a la Psicolingüística*, Ed. Proteo, Buenos Aires, 1969, pág. 69.

prácticamente absoluto— forman un todo indisoluble. Podrán discutirse algunos matices de tal unión y no aceptarse, por ejemplo, definiciones radicales como la reflexológica, que califica el pensamiento como “reflejos del habla inhibidos”, o la behaviorista de WATSON: “lenguaje subvocal”. Pero en cualquier caso, es lo cierto que “en cuanto a la moderna psicología del pensamiento, ésta convierte francamente esta adherencia del pensamiento a la palabra en su principio rector”.⁴ Por lo demás, ya ARISTÓTELES había dicho que “para que el pensamiento sea posible, es necesario dar un nombre al objeto del pensamiento”.

El significado se nos presenta pues, “adherido” a la palabra y ello origina corrientemente la confusión de uno con otra, lo cual es especialmente perceptible en los seres más ingenuamente predispuestos a ello: los niños y los primitivos: “El niño no se interesa en el acto de designar, que por otra parte todavía ignora completamente en cuanto acto aislado. También es característico que los pueblos más primitivos no tengan todavía conciencia de una verdadera separación entre la «palabra» y la cosa; por el contrario, la palabra es un elemento objetivo de la cosa y constituye verdaderamente su esencia propia”.⁵ Aunque esta confusión no queda, desde luego, circunscrita a los primitivos y a los niños, pues, como señalan OGDEN y RICHARDS: “La magia verbal posee un lugar especial en la magia general. A menos que comprendamos cuáles han sido las actitudes naturales hasta hace pocos años, no lograremos entender muchos aspectos de la conducta de los lógicos y de otros entre los míticos modernos”.⁶ Según indican los mismos autores, existe una “teoría mágica que considera el nombre como parte de la cosa, teoría según la cual existe una vinculación esencial entre los símbolos y los referentes. Esta actitud, recibida de la tradición, conduce en la práctica a la búsqueda *del significado* de las palabras”.⁷ OGDEN y RICHARDS, en su conocida obra, insisten en la distinción entre la cosa, la idea que nos hacemos de la cosa, y el nombre que simboliza y evoca en nosotros la idea que nos hacemos de la cosa, pues —diríamos— esta idea es la mediadora entre tal nombre y la realidad.

Simultáneamente a esta capacidad del símbolo a confundirse con la cosa (del nombre a ser la cosa, y, por tanto, del nombre a ser necesariamente *una cosa*), y precisamente por el mismo mecanismo psicológico, cualquier signo o combinación de signos, cualquier símbolo, cualquier palabra puede servir para nombrar cualquier cosa. No hay mejor demostración de ello que la existencia de múltiples idiomas o sistemas de símbolos. Un sencillo ejemplo comentado por WALLON muestra esta “anulación del signo ante el significado”: “En un niño bilingüe, con quien las mismas personas utilizaban el mismo idioma, TONJAT ha podido comprobar que los idiomas coexistían sin que el niño lo advirtiera. Las palabras diferían según

4. CASSIRER, E., “El lenguaje y la construcción del mundo de los objetos”, en *Psicología del lenguaje*, 3.^a ed., Paidós, Buenos Aires, 1967, pág. 24.

5. CASSIRER, *Ob. citada*, pág. 29.

6. OGDEN, C. K., y RICHARDS, I. A., *El significado del significado*, Paidós, Buenos Aires, 1964 (2.^a ed.), pág. 254.

7. *Ob. y pág. citadas*.

la persona a quien se dirigiera y él creía repetir exactamente lo que su padre acababa de decirle cuando lo traducía a su madre".⁸

Estas someras consideraciones sobre las relaciones entre significado y significante —que muestran a la vez su intimidad y su independencia— nos serán útiles para, avanzando un paso más, considerar el verdadero valor psicológico de los etimologías y, sobre todo, de las definiciones y, con ello, profundizar al mismo tiempo en la comprensión "natural" del significado, de las "ideas" o del pensamiento.

Intentar aclarar los significados actuales por medio de las etimologías de las palabras es un vicio antiguo, proveniente quizá de la etimología de la propia palabra Etimología. Es una manifestación más de la confusión de la palabra con la idea y de ésta, a su vez, con la cosa, de tal modo que la palabra viene a ser en alguna manera parte de la cosa.

La moderna lingüística ha desacreditado de nuevo la etimología en tanto que desveladora de "esencias", al mostrar cómo se trata a menudo de un elemento muerto dentro de una actividad vital. "Etimología y valor sincrónico son dos cosas distintas", dirá SAUSSURE.⁹ La razón de ello: "Una lengua es radicalmente incapaz de defenderse contra los factores que desplazan minuto tras minuto la relación entre significado y significante".¹⁰

En el origen de una palabra puede hallarse una onomatopeya, una rudimentaria descripción o una figura literaria. Pero lo cierto es que el lenguaje es algo vivo, en constante evolución en el espacio y en el tiempo, y no hay ninguna garantía de que su significado actual sea el mismo que el de un tiempo atrás, ni tampoco de que vaya a permanecer en el futuro. La etimología resulta entonces algo curioso e interesante, pero sólo útil en cuanto nos revela este sucesivo enriquecimiento y evolución del significado, en cuanto nos permite vislumbrar, desde otro punto de vista, la vitalidad, el dinamismo y la *capacidad de adaptación* de todo lenguaje. Dicho en otras palabras: para el psicólogo, la etimología no tiene otro interés que el de un fósil que le muestra hasta qué punto evoluciona el significado de las palabras, hasta qué punto este significado es algo "vivo" y cambiante.

En definitiva, es un factor demostrativo más del relativo grado de independencia que existe entre la palabra y lo que ésta significa, a pesar de que su consideración meramente sincrónica podría hacernos creer lo contrario.

En términos muy generales, podríamos distinguir en la evolución de los significados de las palabras tres etapas. En la primera de ellas, la etimología está "viva", es decir, en algún modo la extensión de tal significado corresponde exactamente al del instante en el que fue simbolizado por el signo primitivo. Entonces, la descripción, o imagen, o definición, si la hay en tal símbolo, expresan la misma carga semántica que se maneja en su uso actual. Por oposición, en una última etapa, el concepto puede ser reelaborado científicamente, su significado precisado en forma

8. Henri WALLON, *Del acto al pensamiento*, Lautaro, Buenos Aires, 1965, pág. 172.

9. *Cours de Linguistique general*, Payot, París, 1969, 1.ª ed., 1915, pág. 136.

10. *Ob. citada*, pág. 110.

perfecta, olvidándose más o menos de la etimología. Karl BÜHLER describirá así esta evolución, comentando el ejemplo de la palabra alemana *hebel* (palanca), cuya etimología (*heben* = levantar) resulta clara sobre su sentido corriente y vulgar: "Qué es una palanca en el sentido del lenguaje corriente, sabe explicarlo con más o menos exactitud hasta cierto punto un chico de la escuela o un leñador, si se le ayuda a expresarse y poner de relieve con ejemplos su saber vivo, pero informulado. El leñador apenas contará entre las palancas pajas y mimbres, sino que se atenderá a que con una palanca verdadera pueden moverse del sitio y "levantarse" pesos no ordinarios (por decirlo así, sobrehumanos) como troncos de árbol. Que la palanca sea de madera o de hierro quizá le parece ya irrelevante. En cambio, un físico, acaba de una vez con las ideas utilitarias demasiado humanas y define: Una palanca es, a mi modo de ver, todo cuerpo rígido que puede girar en torno a un eje fijo. Con esto puede formular luego cómoda y sencillamente las leyes de la palanca".¹¹

He aquí puesto de relieve el paso del significado primitivo, coloquial, claro pero mal definido ("vivo, pero informulado", dice BÜHLER, "demasiado humano", agrega) a una noción reflexiva, científica, "artificial" o elaborada, podríamos decir.

Pero hay muchas palabras y significados que se hallan en una fase intermedia entre estos dos extremos. En muchos casos, el "etymon" de las palabras corrientes está muerto". O simplemente expresa un aspecto primitivo y demasiado parcial. Incluso en el caso de etimologías "vivas", tales etimologías pueden ser despreocupadamente parciales (en el caso que acabamos de ver, es obvio que la idea de levantar es sólo una parte, bien que la parte más llamativa y utilitaria, de la idea "palanca"). Una etimología puede decir mucho o puede no decir nada. Y no hay regla para valorarlo, pues las palabras nacen y se desarrollan como seres dotados de vida propia, y pueden acabar incluso con sentidos muy alejados de su etimología. Así, la etimología de las palabras no constituye ni puede sustituir —como norma— una definición, ni siquiera una aclaración, a pesar de que tan aficionados somos a citarla de un modo autoritario o definitivo.

Por otra parte, el sentido coloquial, el significado que corrientemente damos a las palabras para entendernos con los demás y para entendernos con nosotros mismos ("para que el pensamiento sea posible es necesario dar un nombre al objeto del pensamiento"), el sentido coloquial, corriente, decimos, puede, a pesar de su aparente claridad y su evidente utilidad, resultar difícilmente definible. "Es sabido —glosa BÜHLER— que, por ejemplo, los juristas tropiezan con considerables dificultades cuando han de indicar conceptualmente con exactitud y sencillez qué es una "casa", un "vehículo", un "accidente" en el sentido de esta o aquella ley. La causa está, según VON KRIES, en que los grupos de objetos a que están ordenados estos nombres del lenguaje corriente están formados según una semejanza

11. Karl BÜHLER, *Teoría del Lenguaje*, Revista de Occidente, Madrid, 1967 (3.ª ed.), pág. 326.

que no se puede fijar con suficiente precisión; según una semejanza múltiple, es decir, no determinada desde un punto de vista "único". Y BÜHLER concluye: "El dominio total de los conceptos sinquíticos coincidirá en lo principal con el dominio de aquellos nombres del lenguaje usual para los cuales valen las dos indicaciones siguientes: Son signos nominales que *primero* tienen un valor de curso en el lenguaje ordinario, que no está fijado ni por una etimología todavía viva y sentida ni unívocamente por la ciencia. Y se trata, en *segundo lugar*, en ellos de objetos que, como corresponde a nuestra cultura diferenciada, han llegado a tener muchas formas, pero siguen llevando un antiguo nombre de clase".¹²

La extensión, es decir, el campo de aplicación de los conceptos, resulta ser en muchos casos la mejor manera de formarse una idea del significado de las palabras. Viendo a qué cosas se aplican nos formamos una noción de lo que son. Preguntemos a una persona corriente qué es, por ejemplo, jugar. Tendrá dificultades para definirnoslo, pero ninguna para nombrarnos muchas clases de juegos, del ajedrez a la comba, del juego de prendas al "solitario" jugado con una baraja. Todo el mundo sabe perfectamente qué es jugar, pero "no sabe definirlo" correctamente. ¿Qué es "ingenuidad"? ¿cómo definiría usted la palabra "astucia"? El uso es corriente y fácil, la definición es difícil.

Esto no es algo extraordinario, aunque al reflexionar sobre ello pueda parecer un tanto "ilógico". Esto es lo normal en el uso natural del lenguaje. Como dice el propio BÜHLER: "El hombre no reflexiona antes, sino después de crear; también reflexiona sobre los nombres sólo cuando éstos existen".¹³ El saber es en muchas ocasiones "vivo, pero informulado". La definición de las palabras, la delimitación de su significado por medio de otras palabras, es un paso posterior a su aparición y, en cierto modo, artificial. Y este hecho debe ser tenido cuidadosamente en cuenta por el psicólogo. "Lo mismo que cada término del lenguaje debe, en la opinión común, estar dotado de un sentido definitivo y estable, con frecuencia el pensamiento es encarado como un sistema de conceptos estrictamente delimitados", dice WALLON. Y añadirá un poco más abajo: "Es evidente que son necesarias definiciones estrictas para comprender y no confundir, pero su forma conceptual y estática es causa incesante de dificultades y contradicciones, que pueden resolverse de modo diferente según las épocas, los casos o inclusive las personas. La idea que nos hacemos del concepto y de sus relaciones con lo real ha de modificarse necesariamente".¹⁴

Hemos de insistir en lo indicado antes: Las ideas no son "naturalmente" definidas o definibles. La definición puede ser útil para, en ocasiones, entenderse, pero no es "natural" —digamos, perteneciente al estadio inicial de nacimiento del lenguaje, pues las palabras nacen con sentido, pero sin definición— ni siquiera "científica" (en el sentido de que "diga" o explique algo, como en seguida hemos de examinar).

12. *Ob. citada*, pág. 334.

13. *Ob. citada*, pág. 328.

14. WALLON, Henri, *Del acto al pensamiento*, Lautaro, Buenos Aires, 1965, pág. 177.

Y, en cambio, el uso —repetimos útil— de las definiciones, ha llevado a la corriente convicción de que todas las ideas están definidas y vinculadas entre sí, por cuanto, diríamos, ésta es la “estructura natural” de la inteligencia humana. Hallaríamos difícilmente mejor descripción de tal convicción que ésta, efectuada por VIAUD,¹⁵ en la que además se observa la trasposición poco cuidadosa al terreno psicológico de descripciones originadas en el terreno de la lógica: “De esta enseñanza de los lógicos deduciremos que el concepto no existe jamás aislado en el espíritu, puesto que, para pensarlo, estamos obligados a apelar a otros conceptos, y que no existe, en suma, más que por las relaciones que tiene con estos últimos. Al recurrir al diccionario, uno se da clara cuenta de este nuevo carácter del pensamiento conceptual. Si usted busca, en efecto, la definición de un término cualquiera, esta definición lo remitirá a otros términos, que lo remiten a su vez a otros”. Y concluirá: “...nuestro pensamiento conceptual forma una red ininterrumpida en la cual cada malla es un concepto. En una red, una malla cualquiera no tiene existencia propia, no existe más que por las mallas que la rodean. A causa de esto, la red forma un todo y, si usted tira una de las mallas, terminará por sacar toda la red”.

Esto es interesante porque constituye una descripción de una convicción profunda y corriente, según la cual la estructura natural de nuestro pensamiento es la de un diccionario enciclopédico. Olvidando que el diccionario es un esfuerzo posterior para “fijar” nuestros conceptos y para relacionarlos entre sí, cosa que pocas veces se logra (¿cuáles son las palabras importantes sobre las que estamos de acuerdo, tanto en la vida cotidiana como en la actividad científica?). Más aún, este sentido va evolucionando, originando “nuevas ediciones” del diccionario.

El diccionario es un esfuerzo social, muy plausible y necesario, para “ponernos de acuerdo”. Lo que el diccionario significa es, en el fondo, un intento de elaboración del pensamiento para aclarar nuestras ideas, para saber el alcance del significado. Pero este intento es a veces infructuoso, tanto a nivel individual como social y persisten así las discusiones con los demás y nuestras propias confusiones. Lo único siempre cierto es que nuestros “nombres” simbolizan “ideas” que, ciertamente, pueden existir más o menos “aisladas en nuestro espíritu” y hasta en contradicción con otras ideas también nuestras.

La idea es poseída y utilizada aunque no seamos capaces de definirla. Y esto pertenece a la experiencia común. Como dice VYGORSKY: “El adolescente formará y usará un concepto bastante correctamente en una situación concreta, pero encontrará extrañamente difícil el poder exponerlo con palabras, y la definición verbal será, en la mayoría de los casos, mucho más estrecha de lo que podría esperarse por la forma que ha utilizado el concepto. La misma discrepancia se observa en el pensamiento adulto, aun en los niveles más avanzados. Esto confirma la presunción de que los conceptos evolucionan en formas que difieren de la elaboración deliberada y consciente de la experiencia en términos lógicos. El análisis de la reali-

15. VIAUD, *La inteligencia*, Paidós, Buenos Aires, 1965, pág. 76.

dad con la ayuda de los conceptos precede al análisis de los conceptos mismos".¹⁶

Las ideas son abstraídas de la realidad, son, por así decirlo, "momentos" o "fragmentos" de ella (y cada cual abstrae sus propios "momentos" según su capacidad, sus necesidades y su medio ambiente), y a ello, como un elemento más, se mezcla en el hombre civilizado el "diccionario" o repertorio de conceptos definidos y enlazados con otros conceptos, resultado de una lenta elaboración, de un "intentar ponerse de acuerdo" que ha durado siglos y que sigue en marcha.

Somos limitados, y nuestras "ideas", nuestros "momentos" de la realidad pueden ser, o parecer, contradictorios, o por lo menos no enlazados. E intentamos, a nivel individual y a nivel social, enlazarlos. Pero esto, no siempre lo logramos. El concepto sí existe muchas veces "aislado en el espíritu". Para pensarlo *no* "estamos abligados a apelar a otros conceptos". La idea es evocada por el nombre —su símbolo— o por la situación que la originó u otra semejante —el referente— y la definición, cuando aparece o se usa, es un acto posterior y accesorio.

Lo natural, lo simple, y aun lo urgente, es concebir y utilizar la idea. Aunque sea en forma más o menos inconexa o imprecisa. Es casi siempre el contexto de su uso el que delimita su significado en un momento dado.

A esta luz resalta también la incoherencia de cierta metodología que parte de la interpretación elaborada para investigar actos mucho más simples; que, por ejemplo, investiga lo que son las cosas para los sujetos haciéndoselas definir. PIAGET ha hecho preguntas a los niños para que le digan lo que son para ellos las cosas:¹⁷ "Un hermano es un niño pequeño", dice un niño de cinco años. "Una familia es lo que vive junto", saldrá del paso otro. "Un tenedor es para comer", dirá otro. Seguramente hubiera dicho lo mismo de una cuchara y, sin embargo, es cierto que distingue bien una cosa de otra y las nombra correctamente. Al modo como la primitiva etimología de palanca, antes citada, o multitud de etimologías, expresan sólo un aspecto parcial, útil o llamativo, del sentido total, perfectamente claro, sin embargo, para quienes usan los nombres. Confundir, pues, la etimología o la definición con un significado "vivo" es en psicología un burdo error.

Quizá sería útil, en último término, considerar el escaso valor de la definición incluso desde un punto de vista lógico-científico —es decir, del de un pensamiento muy elaborado—, considerando lo que sobre ella han dicho el pensamiento lógico y científico moderno al impugnar su valor basándose precisamente en su nulo valor resolutivo.

RUSSELL habla de la "confusión corriente que hace que la gente crea que no puede comprender una idea a menos que pueda definirla, olvidando que las ideas se definen por otras ideas, que a su vez han de ser comprendidas si la definición ha de tener algún sentido".¹⁸ A. J. AYER ha

16. VYGOTSKY, Lev. S., *Pensamiento y lenguaje*, Lautaro, Buenos Aires, 1964, pág. 95.

17. PIAGET, "El juicio y el razonamiento en el niño", *La Lectura*, Madrid, 1929, pág. 162.

18. Bertrand RUSSELL, *Ensayos filosóficos*, Alianza Ed., Madrid, 1968, pág. 15.

señalado también este aspecto de las definiciones: "La cuestión: ¿cuál es la naturaleza de una cosa material? es, como todas las cuestiones semejantes, una cuestión lingüística, y pide una definición; y las proposiciones que se dan como respuesta son proposiciones lingüísticas, todo y siendo expresadas de tal modo que parecen ser hechos. Son proposiciones sobre las relaciones de los símbolos, y no sobre propiedades de las cosas a que los símbolos se refieren".¹⁹

Esta falacia de las definiciones fue en parte lo que condujo a la moderna axiomática científica, en la que "se estableció el principio, hoy generalmente aceptado, que constituye la axiomática moderna. Este principio puede formularse brevemente diciendo que los conceptos fundamentales quedan definidos por los axiomas". Pues, "las definiciones se reducen a explicaciones de palabras, a introducción de abreviaciones que, en principio, no son imprescindibles. Los axiomas dibujan los conceptos, para los cuales, pueden, luego, escogerse denotaciones verbales, si surge la necesidad de hacerlo".²⁰

Liberándose de los conceptos convencionales y derivados de la experiencia vulgar, tales como masa, espacio, tiempo, etc., es decir, aprendiendo a buscar la descripción de la realidad profunda, prescindiendo de las ideas abstraídas por la experiencia común de la realidad (no precisamente "falsas", insistimos, pero sí "demasiado humanas", ingenuas o inmediatas), practicando un análisis profundo de tales conceptos comunes (para lo cual es preciso "pensarlos" de nuevo, recusando como inútiles las clásicas "definiciones"), es cómo la física moderna dio un paso gigantesco.

En líneas generales, la utilidad a nuestros efectos del método axiomático moderno —en general, de toda la matemática y la física modernas— radica en la profunda crítica de los significados coloquiales, de los conceptos intuitivos, lo que lleva además aparejada la recusación de toda metodología que no tenga en cuenta la necesidad de tal análisis crítico, no fiando en clásicas definiciones que ninguna información sobre hechos aportan, pues constituyen círculos viciosos que se apoyan en lo que para todo el mundo constituyen obvios sentidos coloquiales. Repetimos, una vez más, no para negarlos, sino para mostrar su acriticismo. Así por ejemplo, el espacio y el tiempo einsteinianos, no tienen otro sentido que mostrar que el espacio y el tiempo absolutos no eran formas intuitivas *a priori*, ni podían derivar de una observación empírica de *toda* la realidad. En el fondo, el espacio y el tiempo einsteinianos no son otra cosa que una confesión de humildad.

El problema puede perfectamente trasladarse a la psicología. Como señalaban OGDEN y RICHARDS en la obra citada: "Todos los progresos notables en el campo de la física han ocurrido a expensas de explicaciones metafísicas generalmente aceptadas acuñadas en formas sintéticas adecuadas y simbólicas, utilizadas universalmente. Pero la confusión y la obstrucción

19. AYER, A. J., *Llenguatge, veritat i lògica*, Garbí, Valencia, 1969, pág. 65.

20. Richard von MISES, "Los postulados matemáticos y el entendimiento humano", en *Sigma. Selección de textos matemáticos de todos los tiempos*, Grijalbo, Barcelona, 1969, tomo V, págs. 115 y 116.

que producen tales expresiones abreviadas y las teorías desprovistas de rigor crítico que éstas fomentan y alientan es más grande en psicología, especialmente en teoría del conocimiento que en cualquier otro dominio; y ello ocurre porque ningún problema se halla tan contaminado como éste por las llamadas dificultades metafísicas, debidas aquí, como siempre, a que se enfoca una cuestión mediante símbolos cuyas funciones no se han investigado previamente".²¹

El psicólogo que habla de la lógica o de las intuiciones o de cualquier concepto similar, cual si supiera de qué está hablando, debería demostrarlo precisamente inequívocamente su sentido en un contexto psicológico. No podemos, por cierto, llegar a una descripción de modelos según un sistema axiomático, y ni siquiera podemos estar seguros de que esto sea posible ni deseable. Pero tampoco debemos emplear conceptos coloquiales ni métodos lógicos sin someterlos a una profunda revisión desde el campo psicológico, o sea científico.

Con esta mentalidad debemos abordar toda cuestión sobre el pensamiento. Realizando una crítica profunda de los significados, no efectuando deducciones a partir del que parece ser su sentido obvio para nosotros. La palabra "instinto", por ejemplo, ha caído en notable descrédito por no haber podido precisar unívocamente su sentido. ¿Por qué razón no hemos de someter a revisión y análisis, en relación con su contenido psicológico, palabras como "intuir", "pensar", "lógica", "pensamiento abstracto", etc., tan comúnmente empleadas y que, desde luego, hacen referencia a algún tipo de realidad psicológica?

Pero, seamos consecuentes con nosotros mismos, esta labor de delimitación de conceptos, no es meramente una cuestión lingüística o de lógica. Es una labor de reflexión sobre datos psicológicos, o sea, insistimos, científicos. El día que sepamos delimitar —*definir* psicológicamente— su contenido, será el día en que sabremos realmente *qué es pensar*, en qué consiste, *cómo* se hace, cómo lo hace la "máquina de pensar" del hombre, cómo ésta se adapta a la realidad, o sea, cómo conoce.

Seguramente el punto de vista que deberá adoptarse sobre el pensamiento huirá también de las clásicas concepciones realistas e idealistas. No una inteligencia "penetrando" de algún modo la "realidad" o "imponiendo" a ella sus propias "estructuras", sino algún tipo de fruto de una relación ser-medio. Y éste es el camino que se apunta en las más modernas concepciones psicológicas que se han ocupado específicamente sobre el tema, desde el propio PIAGET a WALLON.

Es posible que la noción de "conocimiento" que surja de todo ello sea radicalmente nueva y distinta de las que hasta ahora se han venido discutiendo. Conceptos como subjetividad y objetividad pueden a su luz perder gran parte de su sentido. Pero el resultado merecerá la pena en cualquier caso. Pues con él, el conocimiento alcanzará su más alto objetivo: se conocerá a sí mismo. Será la suprema reflexión del hombre sobre sí mismo.

21. Ob. citada, pág. 32.